



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires

A

# El fin de Bizancio

Autor:

**Alberto Freixas**

Revista

Anales de Historia Antigua y Medieval

**1948 - 1, pag. 126 - 153**



Artículo



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL  
Repositorio Institucional de la Facultad  
de Filosofía y Letras, UBA

# EL FIN DE BIZANCIO

POR ALBERTO FREIXAS

## COMIENZA EL ASEDIO

En la primavera del año 1453 los turcos comenzaron el asedio de Constantinopla, esta vez con intención de que fuera el último y les diera la posesión definitiva de la ciudad protegida por Dios. Mahomet II ha vivido obseso por el deseo de conseguirla y hacer de ella la capital del imperio prodigioso de sus sueños. Sabe cuánto han decaído aquellos cristianos que la ocupan; ante las puertas de oriente, le parecen usurpadores de la entrada del Ponto, cuyas lejanas orillas son el término de las caravanas, que del otro extremo del mundo traen las sedas preciosas y el oro tintinante, a través de desiertos, yermas planicies y duras montañas; aquéllas, para adorno de los cuerpos gastados en la guerra, la oración y la lujuria; éste, para permitirle fabricar las nuevas máquinas, cuyo estruendo arroja a increíble distancia rocas y plomo; y también para engaste de las piedras maravillosas que alegran al serrallo, brillan en la lujosa empuñadura de su yatagán tajante, en las babuchas y en el turbante de su cabeza soberana.

Desde niño supo por su padre, Murad II, la historia de ese imperio decadente, cubierto de antigua gloria como manto piadoso de sus ruinas. Nunca pudo comprender el respeto que él tuvo por esas sólidas murallas que circuían tantas cúpulas, cuya oquedad resonaba con los cánticos profundos de los ignaros de la palabra inspirada del Profeta. Le oyó hablar también de una remota ciencia, de sutiles alardes del pensar y de riquezas fabulosas encerradas

en misteriosos laberintos subterráneos. Todo le inspiró codicia ardiente, inquietud sin tregua, hasta el día de su advenimiento al poder.

Mahomet II estaba minuciosamente instruído de los hechos y de las victorias de su padre y antepasados; quería hacer algo digno de memoria y pensaba que si conseguía conquistar a Constantinopla, habría superado a todos, puesto que siempre habían fracasado ante ella. Entonces instó a la guerra a los fieles islamitas y se dedicó con pasión a preparar los medios materiales y sutiles, necesarios para crear la fuerza que le daría victoria y posesión.

### PREPARATIVOS DE MAHOMET II

En Hadrianópolis adiestró a sus secuaces en maniobras concebidas en trabajosas veladas<sup>1</sup>. Ante el plano detallado de Bizancio, bien conocido por habérselo hecho explicar a los tráfugas que su oro compró, trazaba las vías del asalto a través de las imaginarias brechas que abrirían las inmensas bocas de fuego en construcción. Su impaciencia no lo llevó a descuidar la seguridad de sus posesiones de Europa. Conocía bien el ánimo de los príncipes cristianos desavenidos y no le habían engañado las explicaciones imperiales acerca de aquella unión con la iglesia latina, celebrada en tiempos de su padre. La sumisión era para conseguir el concurso de occidente para una nueva cruzada, como aquellas dos veces últimas, cuando en Varna, en 1444, Murad II destrozó las fuerzas de Vladislav I, el rey de Polonia y Hungría, que allí pereció; y en 1448, cuando en la gloriosa llanura de Kossovo, ilustrada por la victoria de Mourad I en 1389, deshizo a los húngaros y polacos, válacos y alemanes. Después, los occidentales habían permanecido quietos, y el antecesor de Constantino XI reinante ahora en Bizancio, Juan VIII, felicitó al Sultán por su éxito y permaneció sumiso. Pero ahora Mahomet no podía sentir tranquilidad mientras no penetrara triunfal en la ciudad que por tantos siglos había resistido a las fuerzas codiciosas de conquistadores y aventureros. Lo que no hicieron los bárbaros durante siglos, en su irrupción a través del Ister sobre Tracia, él deseaba hacerlo ahora. El sultán era hombre suficientemente instruído como para poder hablar cinco o seis len-

guas y estar enterado de los hechos a través del tiempo. Admiraba a aquellos árabes que en el siglo VII, por seis años consecutivos atacaron el Bósforo con su flota y al cabo de ellos fueron rechazados merced a la invención del fuego marino, que consumió a las naves y a sus tripulantes. Ahora él poseía un arma más terrible, que le permitía lanzar a distancia grandes proyectiles, el enorme cañón, monstruo formidable y horrendo, capaz de reducir a polvo los mismos muros de Babilonia<sup>2</sup>. No deseaba permanecer como su antecesor Bayaceto, cuando el sitio de 1402, a la vista de la ciudad, casi en contacto con las murallas, para un día inesperado, quemar las máquinas y levantar el cerco. Este hecho lo atribuyeron los griegos encerrados, a la intervención milagrosa de la Theotokos, de los santos protectores, de los mártires cuyas reliquias estaban diseminadas en todas las iglesias. Bien sabía él la verdadera causa, la que probablemente impidió entonces, para dejarle esta gloria próxima, la toma de la ciudad. Lo que había movido a Bayaceto a abandonar la empresa, fué la aparición en Asia Menor, en los lindes del Imperio de Trebizonda y del emirato de Karamania, de Timurleng el mongol, fuerte y bárbaro, que partido de las remotas regiones de oriente, venía como un azote a amenazar sus posesiones en Anatolia, Siria y Egipto. Era evidente la intención de aquel hombre, sin reposo y sin piedad, el Tamerlan cuya estampa decían pavorosa, de fundar un imperio ilimitado, renovando la intención de Jenghiz Khan siglos antes.

Un solo enemigo había penetrado en la ciudad a través de esas altas murallas, de las fuertes puertas y torres, aquella larga cohorte de latinos, que la saquearon a comienzos del siglo XIII. Bien los conocieron sus antecesores, por ávidos y brutales, y tuvieron que luchar largamente contra ellos por la posesión de las tierras de oriente.

Pero ahora, la posición de Mahomet II, decidido a terminar, era diferente. Sabía que no habría socorro válido de occidente, que el llamado del Papa había sido desoído. Tenía una flota numerosa, pero débil, compuesta en su mayor parte de barcazas abiertas, tripuladas por hombres inhábiles; su voluntad la había creado y pensaba suplir la tradición marina indispensable, con el entusiasmo que levanta la fe incitada por los derviches e imanes fanatizados. Contaba también con algunos navíos de línea, capaces de combatir con

los pesados drómones imperiales y las fuertes embarcaciones genovesas o papales. Tal vez aquella flota fuera suficiente para impedir la llegada de socorro por mar a la ciudad sitiada, ya que la venida de una verdadera expedición no era de temer, como le informaban los que tenía a su servicio en la república de San Marcos y en la misma Roma pontifical.

En Hadrianópolis prepara las fuerzas para la gran acometida. Al llamado han acudido los hombres de su imperio, ahora extenso, los fuertes y fieles campesinos de Anatolia, los célebres jinetes del Ponto y de Tracia<sup>3</sup>; tiene además sus fuerzas escogidas de fieros jenízaros, a quienes nadie resiste en el momento decisivo de las batallas, cuando el sultán los lanza a la pelea como jauría enloquecida por el restallido de la tralla. Todo lo ha cuidado: armamento, ejercicios, preparación espiritual, promesa de otra vida deleitosa, si quedaban tendidos ante los muros o en la profunda sima del foso.

Pero más que en nada, confiaba en el número y poder de sus piezas de artillería de bronce<sup>4</sup>, capaces de lanzar proyectiles a gran distancia, con horrible estruendo y asfixiantes nubes de humo, sobre todo en aquella inmensa, destinada a abatir la torre que le permitiría entrar en la ciudad deseada. Cuando la ensayó, produjo un estampido aterrador, semejante al trueno, jamás oído<sup>5</sup>. Tan grande máquina era, tan pesada, que para trasladarla de Hadrianópolis hasta la vecindad de Constantinopla, fué necesario el concurso de centenares de hombres, carros y bueyes, la restauración de los puentes y la reconstrucción del camino<sup>6</sup>. Ha dejado honda impresión en los cronistas, como se refleja en los calificativos que le aplican<sup>7</sup>.

A comienzos de abril llega el sultán con innumerables tropas de infantería y caballería. Establece su tienda frente a la puerta llamada de San Román; la protege con un foso y empalizada; delante están los jenízaros y lo escogido de los palatinos. Parias, su cuñado, acampa frente a Gálata. El ejército se extiende en semicírculo desde el Ponto al mar de Mármara. Y el mismo día llega parte de la flota, unos treinta trirremes y navíos de línea, también menores y como ciento treinta unirremes<sup>8</sup>. Ahora tiene todos sus elementos concentrados, cercando al muro terrestre de la ciudad. Sobre él, bombardea día y noche, con toda clase de máquinas, sin descanso<sup>9</sup>. Ha dispuesto bombardas, que lanzan grandes piedras, en los sitios en que espera una mayor resistencia, frente al Palacio

y a la puerta de San Román, donde el *basileus* tiene su cuartel <sup>10</sup>.

El sultán aguarda el momento, cuyo secreto conoce por interpretación astrológica, de dar el asalto, como lo ha ideado y previsto en sus noches insomnes de *Hadrianópolis* <sup>11</sup>. Entretanto ha hecho invadir el Peloponeso con un gran ejército, para impedir que los déspotas allí reinantes, hermanos del Emperador, puedan acudir en auxilio de la ciudad <sup>12</sup>.

#### EL PEDIDO DE AUXILIO DE OCCIDENTE

Constantino XI, en cuanto conoció los preparativos del sultán, se aprestó a la defensa con los escasos recursos que tenía. Los vecinos genoveses de Gálata habían de darle algunas naves; otras vendrían del lejano occidente y tal vez de Trebizonda, en el fondo del Mar Negro. Necesita un jefe de guerra y soldados. Ha de tenerlo en el noble Giustiniani, que acude atraído por el premio ofrecido. Repara los seculares muros que Teodosio el joven construyó, fortifica las puertas, almacena trigo y provisiones, requisaba barcos. Todo aquello no ha de bastar sino para un digno final si los príncipes de occidente no acuden, si la voz alarmada del pontífice romano no consigue sacarlos de su apatía y sus rencillas.

El 28 de noviembre de 1452 llegó a Bolonia una embajada del Emperador, que iba a pedir socorro al papa Nicolás V, comprometiéndose a observar la unión pactada en el concilio de Florencia <sup>13</sup>. Dijo que el Gran Turco se apoderaría de Constantinopla en poco tiempo, si no recibía ayuda de los cristianos <sup>14</sup>.

Y en Bizancio los días pasaban interminables, sumidos los habitantes en la pena y amargura del corazón, tratando de aplacar a Dios con oraciones y ayunos, para que se dignara favorecerlos en la lucha <sup>15</sup>. Pero en vez de la ayuda esperada, llegó a Constantinopla el antiguo metropolitano de Moscú, Isidoro, ahora cardenal romano. Y en diciembre de 1452, cuatro meses antes de la caída de la ciudad, hizo proclamar solemnemente la Unión en Santa Sofía y celebró misa allí <sup>16</sup>, según el rito latino, ante clérigos, sacerdotes, el Emperador y el Senado.

Para obtener ese apoyo, para moverlos a una cruzada universal, se habían hecho antes muchas instancias ante Roma, concluidas en

el Concilio de Ferrara-Florenca de 1438, que implicó la aceptación de las exigencias romanas sobre los puntos en divergencia acerca del culto y del dogma, principalmente, la identidad de las dos fórmulas relativas a la procesión del Espíritu Santo: "qui ex Patre procedit" y "qui ex Patre per Filium procedit", con lo cual se creyó haber terminado una secular controversia. Y cuando Juan VIII, el emperador que aceptó el decreto de Unión y se arrodilló ante el Papa, llegó al Bósforo, ya la noticia lo había precedido. Las galeras catalanas que lo traían desfilaron rasando los muros en el Cuerno de Oro, donde la población acumulada hizo conocer al soberano su indignación y su repudio.

Aquella gran figura que había intervenido en el Concilio, Besarion, el que en Santa María dei Fiori leyó en griego el Decreto, se dió en seguida cuenta que jamás se conseguiría la unión sincera y sintió profunda amargura ante la hostilidad mal contenida que lo rodeaba. Cuando recibió del Papa el inesperado nombramiento de cardenal romano, volvió a occidente, a continuar allí su enseñanza de profundo humanista. No retornaría a Bizancio y llevó con la última visión de sus cúpulas, la tristeza del que se arranca al paisaje donde formó su imagen y su intención de vida, como antes le ocurriera en su Trebizonda natal.

El clero y la población de Constantinopla, orgullosos de sus Concilios, nunca podrían abandonar sus creencias, sostenidas por una fe inquebrantable durante siglos. Estaban convencidos de que las desviaciones de sus soberanos, Miguel VIII, Juan V y principalmente Juan VIII, eran la causa de los males pasados, de la angustia y flaqueza del presente, de la desgracia por venir. Se aferraban a sus ritos, a sus íconos, a las reliquias milagrosas, esperando encontrar el perdón de su inconstancia y el fin de tanto quebranto. El ánimo había decaído y una gran tristeza pesaba sobre la ciudad que en cada crepúsculo sentía el presentimiento de que sería el último. Algunos nobles y plebeyos, por temor de la guerra y sus calamidades, huyeron a tiempo con sus familias. Y cuando el Emperador lo supo, sólo lanzó un gemido de lo hondo del pecho<sup>17</sup>.

## LA DEFENSA DE CONSTANTINOPLA

Los aprestos guerreros han de conmover a la población, porque sabe que defiende la fe y porque conoce el trato inhumano, las profanaciones y violencias que acompañan el triunfo del Islam. El Emperador ha llamado al gran logoteta <sup>18</sup>, aquel fiel Phrantzes que desempeñó tantas misiones delicadas, para que hiciera el cómputo de la gente en condiciones de ser armada y de la que podía servir de auxiliar en los trabajos, todos los hombres, jornaleros, marinos y monjes, todos los ancianos y mujeres, reclusas o libres. Y como cuenta en su crónica, con parquedad que no alcanza a velar el desencantó, la cifra obtenida resultó sorprendentemente pequeña <sup>19</sup>. Parecía imposible que aquella Constantinopla fuera la misma de los desfiles triunfales y de las aclamaciones en las fiestas del Hipódromo, cuando los emperadores, desde su palco, colocado un pliegue del manto sobre el brazo derecho, bendecían a la multitud *clamorosa con una triple señal de la cruz*. Tiempos magníficos de esplendor y pomposa cortesanía, como está descrito en el libro de las Ceremonias, de Constantino el Porfirogénito.

Cuando Phrantzes comunicó el resultado al emperador lo hizo con la opresión del que revela un terrible secreto y ambos decidieron ocultarlo para que un nuevo motivo de desaliento no se sumara a la desgracia presente. Armaron con arcos y ballestas, con picas y espadas, a todos los que tenían vigor para manejarlos; estas piezas fueron sacadas del arsenal. Conocieron también que la provisión de dardos, flechas y de pólvora para los pequeños cañones, no había de alcanzar para mucho tiempo.

Constantino XI sabía que sus fuerzas eran insuficientes para defender la muralla terrestre y las torres, a pesar del foso profundo, si la lucha era larga y él quedaba librado a sus recursos. Y los turcos, que estaban bien informados, pensaban lo mismo <sup>20</sup>. Sus cañones de bronce, muy perfeccionados, arrojaban proyectiles de piedra a gran distancia. Los muros seculares de Constantinopla no podían resistir esos golpes destructores. Podía sostenerse, esperando la llegada de la flota cristiana, como la imaginaba en sus noches de angustia, numerosa, cubierta de guerreros, ondeando al viento los recamados estandartes, en medio de los sones marciales de trom-



petas y bocinas; poderosa y ardiente, desembarcaba miríadas de caballeros, que en carga incontenible habían de expulsar para siempre a las mesnadas del Islam del suelo de Europa. Por eso renovó sus instancias ante el Papa y los soberanos, mientras en la ciudad misma debía luchar contra la extendida hostilidad de los fanáticos. Y una voz autorizada llegó a afirmar que era preferible ver instalado en la Magna Iglesia el turbante de los turcos a la mitra de los latinos execrados<sup>21</sup>. Contrató también en el Archipiélago una flota armada en guerra para traer bastimento y agregarse a la defensa.

Constantinopla se ahogaba lentamente. En marzo, Mahomet II se había apoderado de las poblaciones griegas cercanas<sup>22</sup>, San Stefano, Silivri, Perinto, Epibatus, Anquialos y Vizye<sup>23</sup>. En el sitio más angosto del estrecho, frente al fuerte que Bayaceto construyó en el siglo xiv sobre la costa de Asia, Anadolu-Hisar, hizo otro formidable en la europea, Kesen-Hisar, llamado después Rumili-Hisar<sup>24</sup>. En el tiempo que duró la obra, Constantino trató de congraciarse al sultán, sin resultado; para ello avitualló a los que trabajaron incansablemente durante seis meses bajo su vigilancia férrea<sup>25</sup>. Y cuando estuvo terminado el castillo, el paso quedó cerrado para siempre, y quienes intentaron forzarlo, como dos barcos venecianos que venían del Mar Negro, fueron capturados por los turcos<sup>26</sup>.

Sobre el Bósforo estaba la numerosa escuadra turca, abarcando todo el espacio entre sus dos orillas, de tal modo que el arribo a la ciudad no podía ser sin combate. Son alrededor de 320 naves, con gran cantidad de soldados y arqueros, que vinieron del Ponto Euxino, de Nicomedia y de Asia<sup>27</sup>. El Cuerno de Oro, como otras veces, fué cerrado con una pesada cadena de hierro<sup>28</sup>, para impedir el acceso a las naves enemigas<sup>29</sup>. Antonio, el prefecto de los barcos mercantes, la custodiaba con sus trirremes y navíos<sup>30</sup>. Eran de Liguria, de Iberia o sea Castilla, de las provincias Galas, de Creta, de Cydonia, con tripulaciones aguerridas. Había además, *tres grandes trirremes mercantes venecianos, a los cuales los itálicos llamaban galeras, y otros veloces, para custodia de los barcos de comercio. El Emperador les había ordenado permanecer para socorro de la ciudad*<sup>31</sup>.

Estaba también el comandante y dueño de dos naves genovesas,

Joannes Longus, de la gente Justiniana <sup>32</sup>, Giustiniani, hombre noble, peritísimo y valiente <sup>33</sup>. Cuando el Emperador se dió cuenta de su idoneidad, lo nombró tribuno y jefe de trescientos hombres y le encargó la conducción de las operaciones <sup>34</sup>. Por una bula de oro le prometió, si vencía a Mahomet II, darle la isla de Lemnos, honores y riquezas <sup>35</sup>.

#### LAMENTACIONES BIZANTINAS

Son los pecados de los griegos lo que ha provocado la cólera divina, permitiendo a Mahomet II la posibilidad de un esfuerzo tan grande como ninguno de sus predecesores realizó. Tal es el pensamiento latino; ante los grandes preparativos turcos, se insiste en el cumplimiento del pacto de la Unión, jurado en Florencia. Es el reconocimiento de los errores a los cuales la iglesia de Oriente se aferró obstinadamente durante siglos, el abandono de la tradición de los grandes Concilios, de los usos y prácticas venerandas. Saben bien los latinos que, pese a los esfuerzos y buena voluntad del Emperador, es imposible la sumisión cordial a la Iglesia de Occidente, si ha de ser con el sacrificio de la Griega. Porque digan lo que quieran los pactos celebrados, háyase prestado juramento o no, téngase a un preclaro miembro de su iglesia honrado con el capelo de cardenal romano, la mayoría de la población, la más exaltada, la más piadosa, ve con horror la abjuración, aun ante la necesidad de auxilio.

Fanática, como antes en la larga disputa monofisista y como en la defensa de las imágenes en tiempo de los iconoclastas, permanece en la misma obstinación, a pesar de los siglos y de la transformación étnica, cual si esa invariación de sus creencias estuviera ligada a la ciudad misma, a sus iglesias, a sus piedras, al suelo y al mar. Y no puede tolerar el cambio ritual, en el pan, en las palabras de la consagración, ni aceptar la identidad de fórmulas en lo atinente a la procesión del *Espíritu Santo* ni la subordinación a la autoridad papal <sup>36</sup>. Domina el pesimismo, la convicción del fin próximo, con su secuela de violencia física y moral, de exterminio, de profanación de lo santo; y espanta la visión del término del reinado de la Cruz en esas colinas de Bizancio y del advenimiento del precursor del Anticristo.

Las lamentaciones que posteriormente se escribieron, no son sino un eco repetido de aquel sentir general, el de los altos espíritus que, vueltos hacia las regiones del ocaso del sol, sólo recibieron un centelleo brillante que se apagaba, y el de la masa de monjes y ciudadana, en espera del acontecimiento milagroso que había de librar a la ciudad<sup>37</sup>. Es una inmensa tristeza, la añoranza de la gloria pasada, del esfuerzo de los grandes emperadores que tan alto mantuvieron el águila bicéfala, amos del mar con el fuego griego, dueños del Asia hasta los confines nevados del Cáucaso y sostenedores del poderío de Bizancio.

Pero ahora las santas reliquias, las milagrosas imágenes, las repetidas penitencias y las humildes y fervientes rogativas, parecen haber perdido toda su eficacia<sup>38</sup>. El fin de la ciudad es inminente; están manifiestos los signos; no se encuentra remedio a tanta flaqueza ni se sabe dónde están los augustos protectores de las más afligidas situaciones. Ya no pueden, sin daño, salir de sus puertas, tanta es la fuerza del enemigo que la circunda<sup>39</sup>. El Sultán ataca noche y día, con nuevas máquinas de guerra<sup>40</sup> y los bizantinos se defienden empeñosamente. Dan el ejemplo el Emperador y Giustiniani<sup>41</sup>. Joannes Germanus maneja el fuego griego, en que es perito<sup>42</sup>.

Constantinopla, cabeza de todas las ciudades, centro de las cuatro partes del mundo, orgullo de los cristianos, terror de los bárbaros, va a perecer. Las cenizas del gran Constantino y de los otros emperadores no se incorporan y acuden a su defensa. Ese segundo paraíso, rico en fuerza bienhechora del espíritu y en la gracia, está condenado a causa de los grandes y graves pecados cometidos<sup>43</sup>.

#### LA FIGURA DEL EMPERADOR

El emperador Constantino XI es una figura augusta en este desastre. Enérgico, esforzado, trata de cumplir con su deber hasta el final. Tiene el sentido de ser un punto en la línea histórica de hombres que vienen desde Constantino el Grande y de más lejos, desde el Imperio Romano de Augusto. Sabe que son débiles las fuerzas de esta Bizancio que le ha tocado encarnar; que su poder de resistencia se ve disminuído notablemente por la falta de recursos y por la avaricia y ceguera de quienes los tienen, los grandes

señores que están a su lado<sup>44</sup>. Ocultan su riqueza, pregonan su carencia y necesidad; actitud que impidió al Emperador conseguir a tiempo alguna cantidad mayor de mercenarios y motivó la justificada acusación de los cronistas relatores del hecho.

Ellos, ya partidarios de los griegos, ya de los latinos, se refieren a Constantino, sino en términos laudatorios<sup>45</sup>, por lo menos con el respeto merecido por un hombre que no conoció la hora del desfallecimiento y sí la del sacrificio, en honor de un viejo espectro, el Imperio, de una ruina augusta, Bizancio, de un título sin par en la historia, el de Basileus.

En tiempo del advenimiento de Juan VIII Paleólogo, en 1425, Constantino estaba en Anquialos y en Mesembria. Cuando Murad II atacaba a Tesalónica en 1430, era déspota de Morea. En ese mismo tiempo, él fué contra Patras, se apoderó de ella en 1430 y dos años más tarde terminaba con el principado franco de Acaya. Con esta victoria de los griegos, puso término a la lucha por la posesión de Morea que duraba desde el tiempo de Miguel VIII Paleólogo. En julio de 1437, Juan VIII, que había decidido asistir al concilio de la Unión convocado por el papa Eugenio IV en Ferrara, llamó a Constantino a la capital para confiarle la regencia en su ausencia.

En 1443, Teodoro II le cedió el despotado de Mistra, que comprendía Laconia, Argólida y las costas septentrionales hasta Patras; el resto de la península estaba gobernado por su hermano Tomás. Entonces Constantino reconstruyó el Hexamilión, aquella muralla y torres que Manuel II levantó en el istmo de Corinto y fué casi completamente destruída por los ejércitos de Murad II en 1423, cuando se apoderaron de Mistra. Después ocupó a Atenas y Tebas, y obligó al duque Nerio II Acciajuoli a pagarle tributo y reconocerlo como soberano.

En la batalla de Varna, en noviembre de 1444, el ejército de los cruzados, bajo el mando de Ladislao, rey de Hungría, que por invitación del papa Eugenio IV a los príncipes cristianos, había acudido en defensa de Bizancio amenazada por los turcos, fué deshecho por Murad II. Esa derrota produjo consternación y abatimiento en occidente, aun cuando el verdadero peligro turco no fué apreciado ni en su inminencia ni en su importancia. Pero Constantino no se abatió y con objeto de amparar sus dominios,

buscó vinculaciones y casó a su sobrina Elena con Lázaro, hijo del déspota de Serbia.

A comienzos de 1445 comenzó operaciones militares en Beocia, Focidia y la región del Pindo. Pero al año siguiente, el sultán turco Murad II marchó contra él con grandes fuerzas y después de ocupar a Tebas, atacó el Hexamilion. A pesar de la defensa obstinada de Constantino y su hermano Tomás, en diciembre de 1446 la fortificación cayó; y ellos se vieron obligados a encerrarse en Mistra, cuyas recias murallas, en el valle de la antigua Esparta, protegieron al subsistente pensamiento helénico que no se resignaba a morir.

En aquella ocasión los turcos devastaron al Peloponeso y esclavizaron a buen número de habitantes. Sin poder esperar ayuda de nadie, Constantino y Tomás tuvieron que plegarse a la exigencia del vencedor y reconocerse tributarios, a cambio de conservar sus principados.

Tal era la situación cuando el emperador Juan VIII, su hermano, murió el 31 de octubre de 1448. No existía heredero directo, porque en sus tres matrimonios no había tenido ningún hijo. La elección del nuevo emperador recayó en Constantino, después de algunas negociaciones y cabildeos. El 26 de enero de 1449, Constantino XI Dragases era coronado en Mistra<sup>46</sup>. Sus hermanos quedaron en el Peloponeso y él les hizo jurar, antes de su partida, que mantendrían la paz entre ellos<sup>47</sup>. Phrantzes fué el embajador que obtuvo en Hadrianópolis el consentimiento de Murad II.

#### PROPÓSITOS MATRIMONIALES

El nuevo emperador era viudo de dos princesas latinas, la primera de la ilustre familia de los Tocco y la segunda de los Gattilusí, de Lesbos. Una vez instalado en Constantinopla, en medio del regocijo general, se ocupó de la elección de una nueva esposa. La primera propuesta fué la hija del dux de Venecia; pero la nobleza bizantina la rechazó, con afrenta, por no considerar suficientemente alta a la hija de un magistrado electivo.

Phrantzes, el gran logoteta, fué comisionado para buscarle una esposa en oriente; va ante el príncipe de Iberia, Georgius Mepen,

a quien los bizantinos daban el título de rex, y ante Juan Comneno, el emperador de Trebizonda. Partió esta embajada, que *había de durar más de dos años, con dones espléndidos y personal numeroso y brillante; pretendía demostrar la riqueza y el poder que el Imperio ya no tenía. Iban con él nobles varones y séquito, abades, monjes y médicos, citaredos, organistas y otros peritos en instrumentos musicales desusados. Cuando llegaron a Iberia, en el Ponto, la música que ejecutaron causó gran admiración; y acudieron a oírla, no sólo los habitantes de la ciudad, sino también los de los alrededores* <sup>48</sup>.

Allí también tuvo noticias por un viejo, de aquellas regiones misteriosas y siempre atractivas, que jamás dejaron de ejercer fuerte impresión en los héroes mitológicos o históricos, desde Dióniso a Juliano el Apóstata, las que están más allá del Indus <sup>49</sup>. Y mientras se ocupaba en las gestiones encomendadas, pasó el tiempo y un día Phrantzes supo la muerte de Murad II y la ascensión de Mahomet al trono de los turcos, lo que le llenó de intranquilidad, porque el nuevo soberano era un acérrimo enemigo de los cristianos, como lo demostró desde niño <sup>50</sup>. Aquel cambio había de traer malas consecuencias para la estabilidad del Imperio. Fué entonces cuando escribió a Constantino XI, aconsejándole el casamiento con la viuda del sultán, hija del rey de Serbia y cristiana, que ha sido devuelta pulcra y honorablemente a su patria <sup>51</sup>. En esa misiva, transcripta en su crónica, levanta las objeciones que se pueden oponer a ese matrimonio, la de inferior condición, de haber estado unida a un turco infiel, ser quincuageria; le dice que ella no cede en nobleza a la emperatriz madre; que Eudocia, mujer del abuelo de Constantino, también tuvo esposo turco; que el clero no puede oponerse a salvar cualquiera de las otras dificultades; y agrega algún detalle explicativo de la esterilidad de la ex sultana. Y finalmente, espera que todo será según la voluntad de Dios <sup>52</sup>.

Y parte de Iberia para Constantinopla un enviado especial, portador de la misiva. En cuanto sabe la llegada, el Emperador, que estaba cazando jabalíes, vuelve alegremente al palacio <sup>53</sup>. Parecían no existir dificultades para el proyectado casamiento; pero resultó que la princesa serbia, aun en vida del sultán, había hecho voto a Dios, que si alguna vez era librada de manos de los impíos, nunca volvería a casarse y permanecería en castidad virginal para servirle <sup>54</sup>.

No siendo realizable este plan, debió reanudarse la negociación del matrimonio en Iberia. Phrantzes nos da el texto de una carta que recibe de Constantino XI Paleólogo, en la cual se refleja la soledad en que se siente y declara la imposibilidad de aconsejarse, para el manejo de los asuntos públicos, en los hombres que le rodean, próceres, monjes y congéneres, que nada entienden<sup>55</sup>. Le envía una bula de oro, manifestando que la hija del rey de Iberia debe ser la mujer del emperador de Constantinopla y éste su marido, de acuerdo a las condiciones que estipulará Phrantzes, su enviado y representante, con el rey de los Iberos. Y el rey de los Iberos, de acuerdo a la costumbre nacional, por su mano traza tres cruces en la parte superior del escrito, para confirmar el pacto. Luego lo despide, manifestando que con ayuda de Dios, ha de venir a buscar próximamente la virgen para desposarla. El legado, después de prosternarse, parte<sup>56</sup>.

Cuando Phrantzes volvió a Constantinopla, el Emperador ratificó lo convenido y dispuso que en la primavera siguiente, sus galeas irían a buscar a la princesa. La actitud bélica de Mahomet II lo impidió y por ello Constantino, en los últimos días, estuvo solo.

#### LAS NAVES QUE LLEGAN

Estando en angustia llegó la noticia del próximo arribo de varias naves, con bastimento y tropa. Era el 20 de abril, poco después del fracaso de la tentativa de Mahomet de forzar la entrada del Cuerno de Oro. Esa mañana habían aparecido en el mar de Mármara cuatro grandes navíos, tres de ellos, *lígyres contratados*, venían de Quío; el cuarto, bizantino, traía de Sicilia un cargamento de trigo; todos estaban comandados por hábiles pilotos. El refuerzo era pobre en número y poder para concurrir a la defensa de las murallas y tenía que abrirse paso por en medio de la flota turca, que dispuesta en semicírculo de orilla a orilla, cerraba el Bósforo.

El ánimo decaído de la población se sacudió, como si las naves fueran avanzada de las fuerzas de occidente, unidas y movidas por la voz del Papa y conducidas bajo los estandartes de los príncipes en una nueva y definitiva cruzada. Ello ocurría mientras los pecheros enemigos habían cesado su labor de demolición contra la

*muralla terrestre. Fueron vistos al clarear por las naves de vigilancia del sultán y en seguida los turcos los atacaron. La batalla terminó con la victoria de los barcos cristianos y Mahomet* <sup>57</sup>, que había seguido su desarrollo desde la costa, quiso decapitar a su almirante, Balta-oghlu.

Las dos orillas, europea y asiática, estaban cubiertas de gente, ansiosas del espectáculo que iba a desarrollarse. Los navíos cristianos avanzaron resueltamente, a remo y vela contra un enemigo cien veces superior. Su artillería barría las olas; combatían con dardos, flechas y piedras; rechazaban con el fuego griego a los enemigos que intentaban el abordaje. Enorme era el estrépito de cuernos y timbales.

El navío imperial iba a perecer, atacado por gran número de enemigos. Se comporta soberbiamente; arroja flechas, piedras, fuego griego. Pilotos, navarcas, resisten con ánimo viril y pecho robusto. El emperador desde la muralla, presenciaba, con todos los grandes, con todo el pueblo; y anhelosos rogaban a Dios para que se apiadara de ellos. Los hábiles pilotos genoveses y el valor de los tripulantes veteranos, lo salvaron. Los turcos, rechazados por dos veces, intentaron un tercer ataque, tan desastroso para ellos como los anteriores; sus barcos huyeron a la costa de Asia y Europa, mientras los cristianos avanzaron vencedores a lo largo del Bósforo y fueron a anclar tras la cadena que cerraba el puerto <sup>58</sup>. Y el Sultán, que a caballo había presenciado el combate desde la orilla, cuando vió la derrota de los suyos, los increpó brutalmente, iracundo; y los maldijo, por inútiles, afeminados y cobardes <sup>60</sup>.

### LOS TURCOS EN EL CUERNO DE ORO

Pocos días después de su victoria naval, los bizantinos tuvieron una terrible sorpresa. El 23 de abril, barcos turcos de pequeño porte flotaban en la parte superior y poco profunda del Cuerno de Oro, a espaldas de la cadena y de las naves que la protegían.

Mahomet II se había dado cuenta de que sus ataques a la muralla terrestre serían inútiles si simultáneamente no podía llevarlos contra la que bordeaba el Cuerno de Oro. Concibió y realizó una atrevida operación, el transporte por tierra de una parte de su



flota, desde el Bósforo a la zona interna del puerto <sup>61</sup>. Lo efectuó en una sola noche, con incalculable número de hombres. Construyó un camino de troncos embebidos en sebo y grasa, de tres kilómetros de extensión <sup>62</sup>. Sobre él hizo arrastrar por hombres y bueyes, unos 70 barcos, que fueron botados dentro del puerto <sup>63</sup>.

El sentimiento de espanto de los bizantinos fué inmenso <sup>64</sup>; vieron aproximarse su última hora, sobre todo cuando fracasó, por traición, el intento de incendiar esa flota enemiga. Constantino XI estaba decidido a resistir hasta el final o hasta la liberación, si los cristianos habían resuelto acudir en defensa del Imperio. Por ello rechazó la sugestión de los principales personajes de la Corte, del Patriarca y del mismo Giustiniani, de abandonar Constantinopla para reunir las fuerzas griegas de Morea con las diseminadas en otras partes y retornar, con auxilio de los occidentales, para libertarla.

Entretanto, el bombardeo, que había estado suspendido durante un mes, fué reiniciado contra los muros terrestres; y también contra los del Cuerno de Oro con un gran cañón que tiraba por encima del Gálata <sup>65</sup>. Los asaltos se repitieron infructuosos, lo mismo que las tentativas de quebrar la cadena que cerraba el puerto.

Un día, el 23 de mayo, el Sultán trató por última vez de obtener la rendición de la ciudad. Era parlamentario el emir de Sinope, portador de las propuestas y de las amenazas de Mahomet. Si se entregaba, el Emperador podía retirarse a salvo, con su corte y tesoro; podría residir en Morea, como vasallo. Los habitantes que quisieran irse, tendrían libertad para hacerlo y llevarse sus bienes. Si no cedía, sería el asalto, el incendio y la muerte, el saqueo de Bizancio, la esclavización de la población <sup>66</sup>.

Constantino XI rechazó la propuesta. Convocó a concilio y ordenó que los duques y los tribunos y demás hombres de guerra, tanto itálicos como romanos, fueran a sus puestos en los muros. Él mismo, con Francisco de Toledo, su cuñado, que se decía descendiente de la ilustre casa de Alejo Comneno, y con Phrantzes, día y noche, en la ciudad y en las fortificaciones, vigilaron y cuidaron de la defensa <sup>67</sup>. Los más altos jefes fueron distribuidos en los puntos principales. El baile veneciano Jerónimo Menoto custodiaba el palacio de Blanquernas y sus inmediaciones <sup>68</sup>. Manuel Lígur estaba en la Puerta de Oro, con sagitarios; Pedro Guliano en el Bucóleon, Teófilo Paleólogo, hombre peritísimo en letras

griegas y matemáticas, en la puerta llamada Selymbrion <sup>69</sup>. Y con-  
fió la puerta de San Román, donde había máximo peligro, a Gius-  
tiniani, jefe supremo, en quien creía el Emperador por su ánimo  
generoso, valor, audacia, aptitud e idoneidad <sup>70</sup>.

#### APRESTOS PARA EL ASALTO

Ochenta días de bombardeo habían dañado gravemente los muros  
y destruído cuatro de las torres. En vano los griegos opusieron  
una bombardera al cañón máximo de Mahomet, pues no pudieron  
utilizarla porque tanto era el sonido al disparar, como dice el cro-  
nista, que las viejas sillerías se conmovían y amenazaban derrum-  
barse <sup>71</sup>.

Ante la inminencia del ataque, los sitiados se preparan. Giusti-  
niani, durante la noche, ha instalado helébolos en los sitios más  
amenazados. Hace pedir al megaduque Lucas Notaras algunos que  
le son necesarios; los niega, manifestando que son indispensables  
en su sector. Por ese motivo, disputan y Giustiniani lo califica de  
inepto, pestífero y enemigo de la patria <sup>72</sup>. El Emperador debe  
intervenir para obtener la concordia; les recuerda que no es tiempo  
de desavenencias sino de rogar a Dios para que los libre del dragón  
cuyas fauces están viendo <sup>73</sup>.

Entre el enemigo circuló el falso rumor de que venía de Italia  
una flota de auxilio <sup>74</sup> y acudía también el príncipe de Hungría;  
esta noticia causó gran consternación entre los turcos <sup>75</sup>. Y una  
gran luz, portentosa, como de rayo, está sobre la ciudad toda la  
noche; es interpretada por los sitiados como una promesa de ayuda  
divina <sup>76</sup>, la única con que verdaderamente podían contar.

En la víspera del vigésimo séptimo día del mes de mayo, el  
Sultán ordena que durante toda esa noche y el siguiente día, ardan  
fuegos, que los soldados ayunen en la jornada, se laven siete veces  
y rueguen <sup>77</sup> a Dios para que pueda tomar la ciudad <sup>78</sup>. Y en la  
otra víspera, al ponerse el sol, después de la comida, los junta y  
arenga. Es una oración de oriental ardiente, a sus hijos dilectísi-  
mos, para que puedan cumplir un hecho digno de la memoria de  
todos los siglos, el asalto y toma de la ciudad, que sus mayores  
nunca realizaron. Habla en nombre de Dios, de Mahoma su profeta,

en el propio, como siervo de ellos. Y asegura que los que sucumban, como suele acontecer en la guerra, han de ir en cuerpo al paraíso, a comer y beber con Mahoma, donceles y vírgenes, en medio de deleites sin fin. Y luego, como volviendo a asentarse en la tierra, les promete, con la victoria, duplicar el estipendio hasta el fin de su vida, y la entrega de la ciudad por tres días, de sus despojos, vasos de oro y de plata, ricas vestiduras, mujeres y hombres <sup>79</sup>.

Cuando el Sultán terminó, se ligó por terrible juramento a cumplir lo prometido. Y los soldados, encantados por la mirífica promesa, al unísono exclamaron en su lengua: "Alla, alla! Mehemetes resul Alla!", esto es, como Phrantzes dice: "Dios de dioses y Mahoma es el profeta de Dios <sup>80</sup>."

El furioso bombardeo de los turcos había cesado; un pesado silencio <sup>81</sup> había caído sobre la ciudad y sus habitantes; más honda sintieron la angustia sin la preocupación del estruendo. Y cuando oyeron un rumor tan grande como el del fragor marino, se preguntaron a qué podía obedecer <sup>82</sup>. Pero pronto supieron la terrible noticia de que el Sultán preparaba el asalto para el siguiente día, por tierra y por mar. Y colocaron toda su esperanza en la Providencia. El Emperador ordenó que los obispos y sacerdotes y monjes, las mujeres y los niños, fueran en procesión dentro de los muros de la ciudad <sup>83</sup>, con las sagradas imágenes, que clamaran el "Kyrie eleison" y suplicaran a Dios para que no los abandonara a manos de los enemigos más impíos, inicuos y criminales que la tierra sustenta; para que fuera propicio a los bizantinos, su herencia. Y con lágrimas en los ojos, suplicaba a todos que resistieran fuertemente.

Ese silencio sobre la ciudad, antes de sabido el motivo, implicó el terror de la novedad, de lo venidero; las quebradas voluntades, la desesperanza de los corazones, sólo inclinaron hacia la preparación para lo peor, aquello para lo cual no hay remedio. Es el último día, porque nadie piensa en poder detener el asalto; sobradamente conocen el poder de las fuerzas turcas, la obstinada decisión de Mahomet, y el lastimoso estado de la defensa, carente de fuerzas con espíritu de victoria y de armas adecuadas para contrarrestar los asaltos repetidos de un enemigo inmensamente superior en número y recursos. Ante todo está como una fantasmagoría el triunfo de los islamitas y su conducta con los vencidos, la pers-

pectiva del ultraje, el cautiverio y la muerte <sup>84</sup>. Aquellos señores bizantinos, dueños de riquezas que muchos ocultaron, privando al Emperador de recursos indispensables en ese momento definitivo, habían de perder sus trajes recamados, sus grandes residencias; habían de dejar atrás por última vez los millares de cúpulas, el maravilloso Bósforo de oro, los monumentos y la historia de la ciudad incomparable, para ir peregrinos, bajo el látigo de los jenízaros brutales, por duras sendas, a los mercados de esclavos; y sus mujeres y sus hijas, doblegadas y con bárbaro atavío, ir a pasar días monótonos y afrentosos en la reclusión de ignotos harenes <sup>85</sup>.

### PREPARACIÓN PARA LA MUERTE

En aquella víspera luctuosa, el Emperador juntó a todos, príncipes y súbditos, tribunos, centuriones y demás militares principales. Hay en sus palabras inmensa tristeza y peso de destino. Les entrega y encomienda esa clarísima ciudad, ilustre, patria común, *reina de las ciudades, porque ha llegado el tiempo en que el enemigo trata de devorarlos como un león*. Les recuerda cómo obró al ocupar los alrededores, la devastación por el fuego, de los campos, bosques, huertos, cosechas y edificios; la colecta despiadada de cautivos, el horror y la muerte. Ahora quieren tomar a Bizancio, insigne y floreciente como rosa en el campo, la que otrora subyugó a casi todo lo que hay bajo el sol en el mundo. Ordena resistir a todo trance y promete que si tal cosa hacen, Dios en quien él confía, ha de librarlos. Y les recuerda que también hay una corona diamantina en el cielo, memoria perpetua y eximia en el orbe, para aquellos que caigan <sup>86</sup>.

Al terminar, con lágrimas y gemidos pidió gracia a Dios, y los míseros romanos, después de oírle, se sintieron transformados y fuertes <sup>87</sup>. Decididos a la lucha final, se pedían y concedían perdones mutuamente; no lamentaban sus bienes, sus hijos clarísimos, sus esposas, sino a la patria; y con lágrimas en los ojos se presentaban a morir por su salvación. Volvieron a sus puestos y con diligencia continuaron la custodia de los muros.

Constantino se encaminó a la Magna Iglesia <sup>88</sup>. Lejanos estaban aquellos días activos de Mistra, la venerable figura de Gemistus

Plethon impartiendo su alta enseñanza, la esperanza bullente en su sangre moza, las victoriosas cabalgadas por las sagradas tierras de Atenas y de Tebas. Ahora iba hacia el último acto, a cumplir su deber, para calmar su inquietud y apaciguar su ánimo.

Santa Sofía conservó siempre, a través de los siglos, su imponente aspecto monumental. Era el símbolo que la fe cristiana de los antepasados construyó frente a la costa de Asia, que había resistido siempre a los embates de los infieles y sólo una vez antes estuvo en poder del clero latino. Ahora la tenía enfrente y con la imagen se le representaban todos los esfuerzos hechos por la Unión, hasta el último, que ningún resultado había dado para conseguir auxilio contra los turcos.

Penetró en el templo de la Divina Sapiencia, donde los oficios habían dejado de celebrarse desde aquel día en que el enviado del Papa, el cardenal Isidoro de Kiev, celebró la misa de la Unión según el rito occidental y pronunció bajo la venerable cúpula las palabras del compromiso contraído. Y fué desde entonces que el peligro pareció arreciar y la protección divina alejarse de Constantinopla. Entre los muchos pecados cometidos, era máximo aquel, el abandono de la secular tradición y de la doctrina inspirada en la autoridad de los grandes Concilios.

En esos momentos de gran temor y zozobra, ante el peligro máximo, era necesaria la reconciliación, el obtener el perdón, el retorno a las fórmulas familiares y nacionales. Para eso estaba en el templo, para decir sus preces y participar en los intactos y divinos misterios. Muchos de los grandes habían ido como él, llevados por esa misma necesidad, cuyo cumplimiento era lo único que podía darles paz <sup>89</sup>.

Y bajo la cúpula sin par, resplandeciente de oro por la iluminación de las lámparas, hecha para contener el universo de un cántico en su ámbito, Constantino XI dijo sus oraciones y meditó. De lo alto, tal vez bajaron los ecos conservados de las palabras de la profesión de fe según el credo occidental, "et in Spiritum Sanctum Dominum et vivificantem, qui ex Patre Filioque procedit". Con lágrimas debió haber repetido muchas veces, como para borrarlos, aquellas otras, las rectamente ortodoxas, opuestas también en lengua latina, como para hacerlas más eficaces, "credo firmiter, Spiritum Sanctum non e Patre et Filio procedere, ut Itali docent, sed ex ipsa unice persona Patris..." <sup>90</sup>.

Con él estaba el pasado de Bizancio. Después de Constantino, el Grande y el Santo, el fundador, las grandes figuras, Justiniano, León, Heraclio, el Porfirogéneta, Alejo. El Emperador, joven todavía y solo, tal vez no conocerá a aquella princesa lejana, que sus embajadores deben traerle de Georgia, el país de las nieves, donde todavía perdura el recuerdo del paso de Alejandro, el Magno. En esta hora de despedida no lo detiene la súplica ferviente ni la mano perfumada, ni lo acompaña el recuerdo de una oración, que es un sollozo. Ha de ir, en el silencio interno de Constantinopla, rodeado del hálito de la multitud atribulada, al puesto que el honor y el destino le señalan. Pesado es el casco guerrero cuando las águilas de oro bordadas en el zapato rojo significan una terrible vinculación con el pasado. Lleva un nombre ilustre y está en el lugar que ocuparon otros esforzados, los que jamás desmayaron. Pero entonces no habían ocurrido todavía los tremendos sacrilegios, portadores de blasfemia, rebelión y cisma.

#### LA ÚLTIMA NOCHE

Deja a Santa Sofía en silencio, una mole gris sin reflejos, donde poco después había de morir el eco de la lengua sonora y perfecta y sentirse el habla bárbara, mezclada, de otros hombres, de otro credo, de otra raza. Los muros policromados serían despojados de sus mosaicos divinos y la sagrada mesa sufriría la profanación del brutal jefe de las huestes. Tal vez la sombra de Anthemius de Tralles, el hombre que tuvo la clave del equilibrio de la cúpula inmensa sobre cuatro arcos robustos, viniera a requebrarla, para que se hundiera con la gloria de Bizancio. Esa iglesia había sido por siglos la avanzada del mundo civilizado frente al arcano del desierto y la estepa, la roca de la cristiandad frente al ataque del infiel. Enormes cosas habían ocurrido en su recinto, disputas, profanaciones, violaciones del sacro asilo; también prácticas de devoción verdadera, concilios, coronaciones, solemnes y pesadas discusiones teológicas, querellas entre monjes y patriarcas, prepotencia de emperadores; y también la llegada de algún Papa que iba a terminar relegado en el Quersoneso Táurico.

No muy lejos estaba el Palacio Viejo, el de las intrigas y las

fiestas, abandonado y arruinándose, cuyos inmensos patios, con las fuentes calladas, habían perdido la grandeza de los días pasados y servían de refugio a las bestias y a los hombres errantes, carentes de hogar. Contra su alta muralla, del lado del mar, batían las olas; próximas estaban las naves turcas, encendiendo luces y preparando el asalto.

De allí Constantino fué a su residencia de Blaquernas, donde encuentra a gran número de sus adeptos y cortesanos; a todos pide perdón y aquella concurrencia no puede contener las lágrimas y los lamentos <sup>91</sup>.

Después monta a caballo. Va con Phrantzes, que nos ha relatado los acontecimientos. Salen del Palacio y se dirigen a las murallas, para inspeccionar e incitar a los centinelas a estricta vigilancia. Esa noche, todos los hombres de Bizancio estaban en las torres y en el muro, con las puertas cerradas, para que nadie pudiera entrar o salir. Llegan a Caligaria, con el primer canto del gallo; descienden de los caballos y suben a la torre <sup>92</sup>.

Desde allí oyen gran rumor de conversación y estrépito. Los guardianes dicen que por toda la noche había sido así. Los turcos preparaban los instrumentos para opugnar los muros; transportan junto al foso los pedreros, culebrinas, torres y escalas. Y entretanto, también en la costa, la actividad es incesante. Los más grandes navíos enemigos se aproximan, con escalas y puentes, para alcanzar la altura de la muralla <sup>93</sup>.

### EL ASALTO FINAL

Cerca del segundo canto del gallo, sin ninguna señal precursora, sin disparar el gran cañón <sup>94</sup> como lo habían hecho siempre antes, comienza el asalto. El Sultán ha ordenado que los elementos militares menos valiosos, algunos ancianos y adolescentes y la multitud de los atraídos por la esperanza del pillaje, emprendan la lucha; y que recién cuando los defensores estuvieran fatigados, las tropas más adiestradas, valientes y audaces, se lanzaran al ataque <sup>95</sup>.

Los bizantinos y aliados resisten tenazmente <sup>96</sup>, causan graves daños a los enemigos, los apartan de los muros, destruyen máquinas bélicas; caen muchos, de una y otra parte.

Y cuando desaparecieron las estrellas del cielo y lució la aurora, la multitud enemiga atacó la ciudad, en todo el perímetro. Suenan los instrumentos bélicos, timbales, cuernos, trompas; hay gran clamor, de avidez, de dolor y en los escorpiones y pedreros, fuego incesante; se combate en todos lados, en la tierra y en el mar.

Algunos audaces guerreros consiguen llegar a la muralla exterior y ascienden por escalas. Los que están arriba y en las torres, los rechazan con toda clase de proyectiles. Van dos horas de lucha horrible y feroz; todavía los cristianos mantienen sus líneas. Las máquinas que arrojan fuego griego queman a los enemigos; los dardos y las saetas caen sobre ellos incesantemente. Se sigue rechazando a los que ascienden por las escalas y las culebrinas producen muchas bajas. No hay descanso en la pelea. Los turcos son incitados por el látigo y el hierro a no dar tregua al enemigo. El sol y el cielo están ocultos por una espesa nube.

El Emperador va hacia aquellos que pierden valor, los llama sus compañeros de armas y hermanos, les ruega, por misericordia de Dios, que se mantengan virilmente, porque Él les dará la victoria. "Alegraos, hermanos, os está preparada preciosísima corona, no sólo terrena, sino también celeste. Dios lucha por nosotros y cohibe las fuerzas del enemigo <sup>97</sup>."

En esos momentos, el *dux Giustiniani* fué herido por una bala o una flecha en la pierna derecha <sup>98</sup>. La vista de su sangre le hizo perder el ánimo <sup>99</sup> y ese hombre, tan diestro en asuntos militares, sólo atinó a pedir un médico, abandonando el puesto que le estaba confiado, sin dar instrucciones a los que le secundaban. Los soldados, sin su jefe, flaquean, se atemorizan, retroceden <sup>100</sup>.

Acude el Emperador, ve a los hombres perturbados; averigua la causa y sabe la retirada de *Giustiniani*; va tras él y lo alcanza. En vano trata de detenerlo <sup>101</sup>, recordándole que la defensa de la ciudad está en sus manos y el apremio es grande; debe salvarla <sup>102</sup>. Nada contesta a sus razones <sup>103</sup>. Es trasladado a Gálata y allí muere <sup>104</sup>.

Entretanto, los turcos se han dado cuenta de que los bizantinos flaquean; su ánimo y agresividad aumentan. Atacan con más vigor, los jenízaros y otras tropas, lo mejor del ejército. Un jenízaro, llamado Chasanes, de gran corpulencia, cubriéndose con el escudo que lleva en la mano izquierda y empuñando el gladio en la diestra,



llega al muro seguido de otros valientes. Y a pesar de las flechas y piedras que le arrojan desde la muralla, la escala. Los defensores eran pocos, no podían oponerse con éxito a los que llegaban. El pánico hace presa de ellos, abandonan la resistencia y fugan. Penetran en la ciudad por la puerta del muro interno y claman que la torre está tomada y arrebatada la insignia sublime. Y cuando oyen estas voces, los demás combatientes también se retiran presurosos y los turcos siguen escaleando el muro, ya sin temor <sup>105</sup>.

Cuando vió estas cosas, el Emperador ruega a Dios y trata de impeler a los soldados a la lucha <sup>106</sup>; pero su fuerzas eran insuficientes y no había esperanza de auxilio o de refuerzo. Entonces incita a su caballo y se lanza contra la turba hostil. Combate a la par de los soldados, desesperado y heroico; está cubierto de sangre. A su lado, Francisco de Toledo realiza proezas <sup>107</sup>. Teófilo Paleólogo ve al Emperador abandonado y comprende que la ciudad está perdida. Se lanza contra los enemigos, gritando que prefiere morir a vivir y se pierde en el tumulto. Y Joannes Dalmata, que estaba también allí, con los hombres restantes va contra el enemigo; el valor y la audacia del fuerte varón admiraron a cuantos le vieron <sup>108</sup>.

Dice Phrantzes que los turcos habían colocado el gran cañón frente a la puerta de San Román y que destruído el muro, penetraron en Constantinopla; pero él no se encontraba entonces en ese sitio, porque por mandato del Emperador había acudido a otro punto. Por ese motivo no fué testigo del fin que le cupo <sup>109</sup>.

La resistencia parcial continuaba. Los marinos cretenses se sostenían en las torres de los basileis León y Alejo y aunque veían que casi toda la ciudad estaba dominada, preferían morir a entregarse. Y Mahomet II, informado, como reconocimiento a su valor, les hizo decir que descendieran y quedarían libres con sus naves y cosas. Dos hermanos ítalos, Paulus y Troilus, peleaban valerosamente junto con los suyos. Paulus vió al enemigo en la ciudad y se volvió hacia su hermano, diciéndole que era pasado el tiempo de luchar y llegado el de procurar la salvación, si todavía había esperanza de ella <sup>110</sup>.

### LA CAÍDA DE LA CIUDAD

Los turcos se apoderaron de Constantinopla el 29 de mayo. Las bandas enfurecidas y ávidas se dedicaron al pillaje y a la matanza; en muchas partes no se veía el suelo bajo los cadáveres amontonados. Era continuo el lamento de las vírgenes consagradas a Dios, arrastradas por los cabellos fuera de las iglesias, el clamor y llanto de los niños, el jadear de los opresos y moribundos. Los edificios santos fueron profanados, el cuerpo y la sangre de Cristo arrojados por tierra, los vasos sagrados robados, los ricos ornamentos despojados del oro, la plata y las piedras preciosas <sup>111</sup>. No dejaron en la ciudad ningún habitante, ni griego, ni latino, ni armenio, ni judío. Hicieron de ella un desierto. Y voltearon las cruces y las torres <sup>112</sup> de las iglesias y con el bronce de las campanas fundieron bombardas.

Entraron en la iglesia egregia de Santa Sofía, donde muchos <sup>113</sup> habían buscado asilo <sup>114</sup>; hubo atroz matanza, violaciones y estupro <sup>115</sup>. Destrozaron las imágenes y el signo vivificante de la Cruz; quemaron los Evangelios, misales y libros litúrgicos. Las vestes sacerdotales les sirvieron de indumento, los vasos sacros para comer, beber y profanos usos. Deshicieron los altares, ebrios de victoria, invocando a Mahoma <sup>116</sup>. Y mucho oro, plata y piedras preciosas, sacadas de la ciudad, se vendieron a vil precio <sup>117</sup>.

Una vez tomada Constantinopla, el Sultán entró en ella y fué a la Magna Iglesia, donde por primera vez se oyó la prédica del infiel <sup>118</sup>. Y en seguida hizo buscar afanosamente al Emperador; interrogó, quiso saber si alguien lo había visto, muerto o vivo. Pero sólo consiguió vagas referencias contradictorias. Unos decían que había fugado; otros, que estaba en Constantinopla; y algunos, que había sucumbido en la lucha <sup>119</sup>. Y finalmente encontraron el cadáver, que identificaron por las águilas de oro del calzado <sup>120</sup>. Trajeron ante Mahomet II la cabeza de Constantino; nadie supo decir con exactitud las circunstancias de su muerte <sup>121</sup>, pero es muy probable que haya perecido luchando en la puerta de San Román <sup>122</sup>. El hallazgo alegró mucho al Sultán, y ordenó a los cristianos que lo enterraran con los honores debidos a un emperador legítimo <sup>123</sup>.

De tal manera, Constantinopla, que antes había sido reina del mundo, fué tomada por los enemigos; y el Emperador, que no

quiso huir ante el peligro como pudo hacerlo, pereció con casi todos los próceres y obtuvo la corona del martirio<sup>124</sup>. Beata memoria la suya, dice Phrantzes, porque se sacrificó por la defensa de la ciudad y del Imperio<sup>125</sup>.

#### NOTAS

- <sup>1</sup> DUCAE MICHAELIS DUCAE NEPOTIS: *Historia bizantina*, XXXV, 141 (1055).
- <sup>2</sup> DUCAS, XXXV, 139 (1051).
- <sup>3</sup> CRISTOBULUS: *De rebus gestis Mechemetis II inde ab anno 1451 usque ad annum 1467*, I, 20.
- <sup>4</sup> LAONICE CHALCOCONDYLAE: *Historiarum de origine ac rebus gestis Turcorum*, VIII, 202 (378).
- <sup>5</sup> DUCAS, XXXV, 140 (1054).
- <sup>6</sup> DUCAS, XXXVII, 145 (1063).
- <sup>7</sup> LEONARDI CHIENSIS: *Historia Cpolitanae urbis a Mahumete II captae. Epistola de Cpolitana urbe a Mahumete II capta, ad Nicolaum V Rom. Pont. die 15 Augusti anni 1453*; directa, 927.
- <sup>8</sup> GEORGH PHRANTZAE: *Chronicon Majus*, III, 237 (835).
- <sup>9</sup> GEORG. PHRANTZ., III, 239 (837).
- <sup>10</sup> LAON. CHALCOCOND., VIII, 204 (379).
- <sup>11</sup> DUCAS, XXXV, 140 (1054).
- <sup>12</sup> GEORG. PHRANTZ., III, 235 (833).
- <sup>13</sup> DUCAS, XXXVI, 141 (1058).
- <sup>14</sup> *Muratori RR. II. SS. Corpus Chronicorum Bononiensium*, t. XVIII, parte I, pág. 184. Crónica A.
- <sup>15</sup> LEONARD. CHIENS., 933.
- <sup>16</sup> DUCAS, XXXVI, 142 (1058).
- <sup>17</sup> GEORG. PHRANTZ., III, 241 (839).
- <sup>18</sup> GEORG. PHRANTZ., III, 231.
- <sup>19</sup> GEORG. PHRANTZ., III, 241 (838).
- <sup>20</sup> LEONARD. CHIENS., 928.
- <sup>21</sup> DUCAS, XXXVII, 148 (1071).
- <sup>22</sup> DUCAS, XXXVII, 145 (1063).
- <sup>23</sup> GEORG. PHRANTZ., III, 237 (835).
- <sup>24</sup> MURATORI, t. XVIII, pág. 184. Crónica A.
- <sup>25</sup> DUCAS, XXXIV, 138 (1050).
- <sup>26</sup> GEORG. PHRANTZ., III, 223 (823).
- <sup>27</sup> GEORG. PHRANTZ., III, 240 (837).
- <sup>28</sup> LEONARD. CHIENS., 930.
- <sup>29</sup> LAON. CHALCOCOND., VIII, 203 (379).
- <sup>30</sup> GEORG. PHRANTZ., III, 255 (850).
- <sup>31</sup> GEORG. PHRANTZ., III, 238 (836).
- <sup>32</sup> DUCAS, XXXVII, 149 (1074).
- <sup>33</sup> CRISTOBULUS, I, 25.
- <sup>34</sup> GEORG. PHRANTZ., III, 241 (839).
- <sup>35</sup> DUCAS, XXXVII, 150 (1074).
- <sup>36</sup> LEONARD. CHIENS., 929.

- 37 JOANNES CANANUS: *Historia obsidionis urbis Cpolitanae ad Amurate II, anno 1422 die 10 Junii inchoatae, die 24 Augusti solutae*, 78-79.
- 38 GEORG. PHRANTZ., III, 271.
- 39 DUCAS, XXXVII, 145 (1063).
- 40 GEORG. PHRANTZ., III, 242 (839).
- 41 GEORG. PHRANTZ., III, 246 (843).
- 42 GEORG. PHRANTZ., III, 244 (841).
- 43 DUCAS, XLI, 172-173 (1119-1120).
- 44 MURATORI, t. XVIII, pág. 184. Crónica A: "La quale città se perdè per la loro avaritia, però che non volseno mai asoldare gente alchuna."
- 45 CRISTOBULUS, I, 72.
- 46 GEORG. PHRANTZ., III, 206 (808).
- 47 GEORG. PHRANTZ., III, 206 (809).
- 48 GEORG. PHRANTZ., III, 207 (809).
- 49 GEORG. PHRANTZ., III, 208 (810).
- 50 GEORG. PHRANTZ., III, 212 (814).
- 51 GEORG. PHRANTZ., III, 213 (815).
- 52 GEORG. PHRANTZ., III, 214-215 (816).
- 53 GEORG. PHRANTZ., III, 216 (817).
- 54 GEORG. PHRANTZ., III, 216 (817-818).
- 55 GEORG. PHRANTZ., III, 222 (822).
- 56 GEORG. PHRANTZ., III, 223 (823).
- 57 LEONARD. CHIENS., 931.
- 58 GEORG. PHRANTZ., III, 249 (845-846).
- 59 CRISTOBULUS, I, 41.
- 60 GEORG. PHRANTZ., III, 248 (844).
- 61 GEORG. PHRANTZ., III, 252 (847).
- 62 CRISTOBULUS, I, 42.
- 63 LAON. CHALCOCOND., VIII, 205 (382).
- 64 GEORG. PHRANTZ., III, 252 (848).
- 65 CRISTOBULUS, I, 38.
- 66 DUCAS, XXXIX, 158 (1091-1094).
- 67 GEORG. PHRANTZ., III, 256 (851).
- 68 GEORG. PHRANTZ., III, 252 (848).
- 69 GEORG. PHRANTZ., III, 253 (849).
- 70 LEONARD. CHIENS., 934. GEORG. PHRANTZ., III, 254 (849).
- 71 LAON. CHALCOCOND., VIII, 206 (383).
- 72 GEORG. PHRANTZ., III, 262 (856).
- 73 GEORG. PHRANTZ., III, 263 (857).
- 74 GEORG. PHRANTZ., III, 263 (858).
- 75 CRISTOBULUS, I, 47.
- 76 GEORG. PHRANTZ., III, 265 (858).
- 77 GEORG. PHRANTZ., III, 269 (862).
- 78 LEONARD. CHIENS., 938.
- 79 GEORG. PHRANTZ., III, 269-270 (862-863).
- 80 GEORG. PHRANTZ., III, 270 (863).
- 81 CRISTOBULUS, I, 53.
- 82 GEORG. PHRANTZ., III, 271 (864).
- 83 LEONARD. CHIENS., 938.
- 84 LEONARD. CHIENS., 934.
- 85 GEORG. PHRANTZ., III, 383 (963).
- 86 GEORG. PHRANTZ., III, 271-279 (864-871).

- 87 GEORG. PHRANTZ., III, 279 (871).  
88 GEORG. PHRANTZ., III, 279 (871).  
89 GEORG. PHRANTZ., III, 279 (871).  
90 GEORG. PHRANTZ., *Ital. haer.*, IV, 446 (1071).  
91 GEORG. PHRANTZ., III, 279 (871).  
92 GEORG. PHRANTZ., III, 280 (871).  
93 DUCAS, XXXIX, 161 (1099).  
94 LAON. CHALCOCOND., VIII, 204.  
95 GEORG. PHRANTZ., III, 280 (872).  
96 CRISTOBULUS, I, 54.  
97 GEORG. PHRANTZ., III, 283 (874).  
98 LEONARD. CHIENS., 940.  
99 GEORG. PHRANTZ., III, 284 (875).  
100 CRISTOBULUS, I, 58.  
101 GEORG. PHRANTZ., III, 284 (875).  
102 LEONARD. CHIENS., 941.  
103 GEORG. PHRANTZ., III, 284 (875).  
104 LAON. CHALCOCOND., VIII, 209 (390).  
105 GEORG. PHRANTZ., III, 284-285 (875-876).  
106 CRISTOBULUS, I, 59.  
107 GEORG. PHRANTZ., III, 286 (877).  
108 *Annales Sultanorum Othmanidarum a Turcis sua lingua scripti, Joannes Leunclavius nobilis Angrivarius, latine redditos illustravit*, 329 (612).  
109 GEORG. PHRANTZ., III, 287 (878).  
110 GEORG. PHRANTZ., III, 288 (878).  
111 GEORG. PHRANTZ., III, 290 (880).  
112 LEONARD. CHIENS., 944.  
113 CRISTOBULUS, I, 66. DUCAS, XXXIX, 163 (1102-1103).  
114 LEONARD. CHIENS., 942.  
115 LAON. CHALCOCOND., VIII, 210 (391).  
116 *Isidorus S. R. E. Cardinalis. Ad Christifideles de Capta Cpoli*, 954-955.  
117 LAON. CHALCOCOND., VIII, 211 (394).  
118 LAON. CHALCOCOND., VIII, 211 (394). DUCAS, XL, 169 (1114).  
119 CRISTOBULUS, I, 60.  
120 GEORG. PHRANTZ., III, 307 (895).  
121 LAON. CHALCOCOND., VIII, 211 (394). DUCAS, XL, 169 (1114).  
122 LEONARD. CHIENS., 941. DUCAS, XXXIX, 161 (1099).  
123 GEORG. PHRANTZ., III, 291 (881).  
124 GEORGIUS CODINUS CUROPALATA: *De annis ab orbe condito usque ad imp. Constantini Magni et de iis qui Cpoli regnarunt usque dum ab Agarenis capta est*, 164 (651).  
125 GEORG. PHRANTZ., III, 327 (913).